

Victor Hugo

Nuestra Señora de París



Traducción y notas de Carlos Dampierre

Alianza Editorial

Título original: *Notre-Dame de Paris*

Primera edición: 1980

Quinta edición: 2019

Reservados todos los derechos.

El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADO

© de la traducción y notas: *Herederos de Carlos Dampierre, 2019*
© de la presente edición: *Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1980, 2019*
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-9181-688-1
Depósito legal: M. 23.738-2019
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

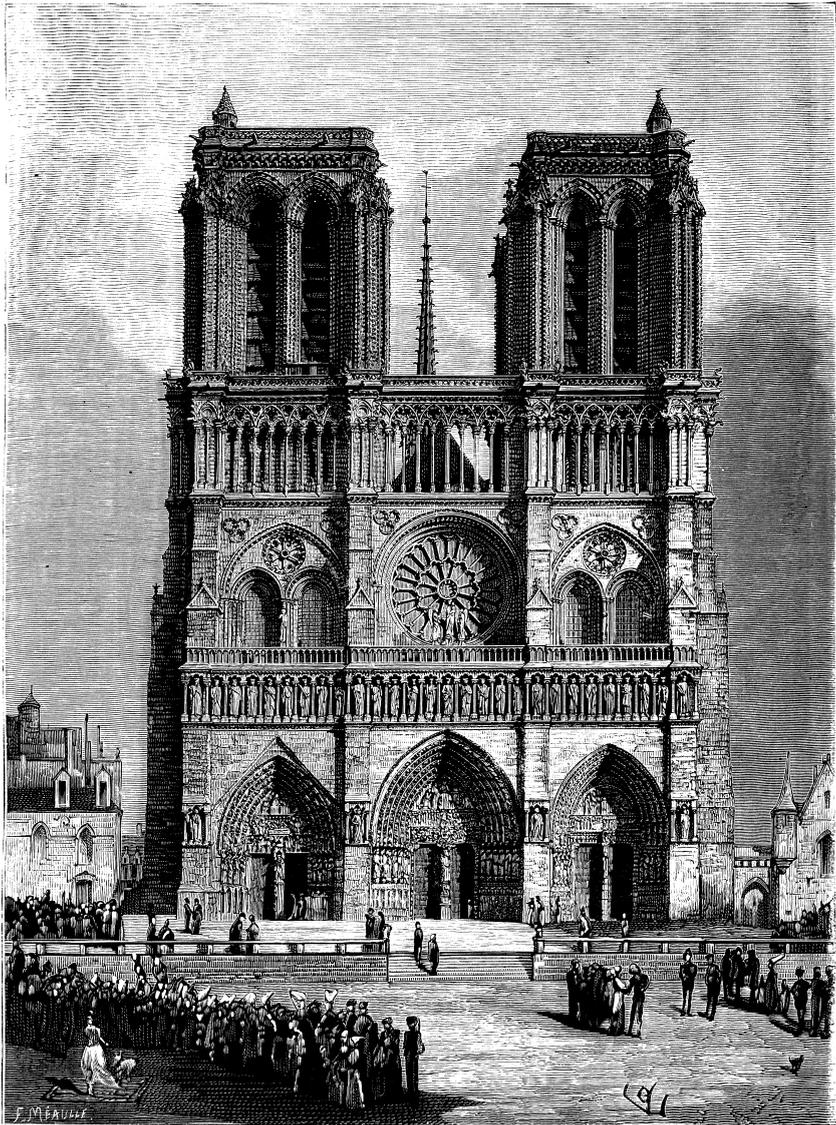
Índice

13	LIBRO PRIMERO
15	1. El gran salón
34	2. Pierre Gringoire
45	3. Monseñor el cardenal
54	4. Maese Jacques Coppenole
64	5. Quasimodo
72	6. La Esmeralda
77	LIBRO SEGUNDO
79	1. De Caribdis a Escila
83	2. La plaza de Grève
86	3. Besos para golpes
99	4. Inconveniente de ir tras una mujer bonita de noche por las calles
106	5. Prosiguen los inconvenientes
109	6. El cántaro roto
131	7. Una noche de bodas
143	LIBRO TERCERO
145	1. Nuestra Señora
155	2. París a vista de pájaro
183	LIBRO CUARTO
185	1. Las almas piadosas
191	2. Claude Frollo

- 197 3. *Immanis pecoris custos Immanior ipse*
207 4. El perro y su amo
210 5. Continuación de Claude Frollo
218 6. Impopularidad
- 221 LIBRO QUINTO
223 1. *Abbas beati martini*
237 2. Esto matará a aquello
- 253 LIBRO SEXTO
255 1. Ojeada imparcial sobre la antigua magistratura
269 2. El Agujero de las Ratas
273 3. Historia de una torta de levadura de maíz
298 4. Una lágrima por una gota de agua
311 5. Fin de la historia de una torta
- 313 LIBRO SÉPTIMO
315 1. Del peligro de confiar secretos a una cabra
332 2. Un sacerdote y un filósofo hacen dos
343 3. Las campanas
346 4. 'AnÁrkh
362 5. Los dos hombres vestidos de negro
369 6. Efectos que pueden producir siete reniegos lanzados
al aire
376 7. El fantasma encapuchado
385 8. Utilidad de las ventanas que dan al río
- 397 LIBRO OCTAVO
399 1. El escudo convertido en hoja seca
410 2. Continuación del escudo convertido en hoja seca
417 3. Final del escudo convertido en hoja seca
421 4. *Lasciate ogni speranza*
440 5. La madre
445 6. Tres corazones de hombre distintos
- 465 LIBRO NOVENO
467 1. Fiebre
480 2. Jorobado, tuerto y cojo
485 3. Sordo

ÍNDICE

- 490 4. Loza y cristal
503 5. La llave de la puerta roja
506 6. Continuación de la llave de la puerta roja
- 511 LIBRO DÉCIMO
513 1. Gringoire tiene muchas ideas
525 2. Haceos truhán
528 3. ¡Viva la alegría!
539 4. Un amigo torpe
563 5. El retiro donde reza sus horas el señor Luis de Francia
599 6. Llamita vagabunda
601 7. ¡A nosotros, *Châteaupers!*
- 605 LIBRO UNDÉCIMO
607 1. El zapatito
646 2. *La creatura bella bianco vestita*
657 3. El casamiento de Phoebus
659 4. Casamiento de Quasimodo
- 663 Nota añadida a la edición definitiva (1832)



Cuando visitaba, o mejor dicho cuando huroneaba, hace algunos años el autor de este libro la catedral de Nuestra Señora de París, descubrió, en un oscuro rincón de una de sus torres, esta palabra grabada a mano en la pared:

ἌΝΑΓΚΗ

Aquellas mayúsculas griegas que el tiempo había ennegrecido, las profundas incisiones con que habían sido grabadas en la piedra, cierta influencia gótica en su caligrafía y en su estilo, como queriendo dar a entender que era una mano de la Edad Media la que las había dibujado allí y, sobre todo, el sentido lúgubre y fatal que encierran, llamaron vivamente la atención del autor.

Se interrogó, trató de adivinar cuál sería el alma atormentada que no había querido abandonar este mundo sin dejar aquel estigma de crimen o desgracia en la frente de la vieja iglesia.

Más tarde fueron encalados o raspados (no recuerdo ya cuál de las dos cosas) aquellos muros y desapareció la inscripción. Así es como se tratan desde hace ya casi doscientos años los maravillosos templos de la Edad Media. Las mutilaciones les llegan de todas partes, desde

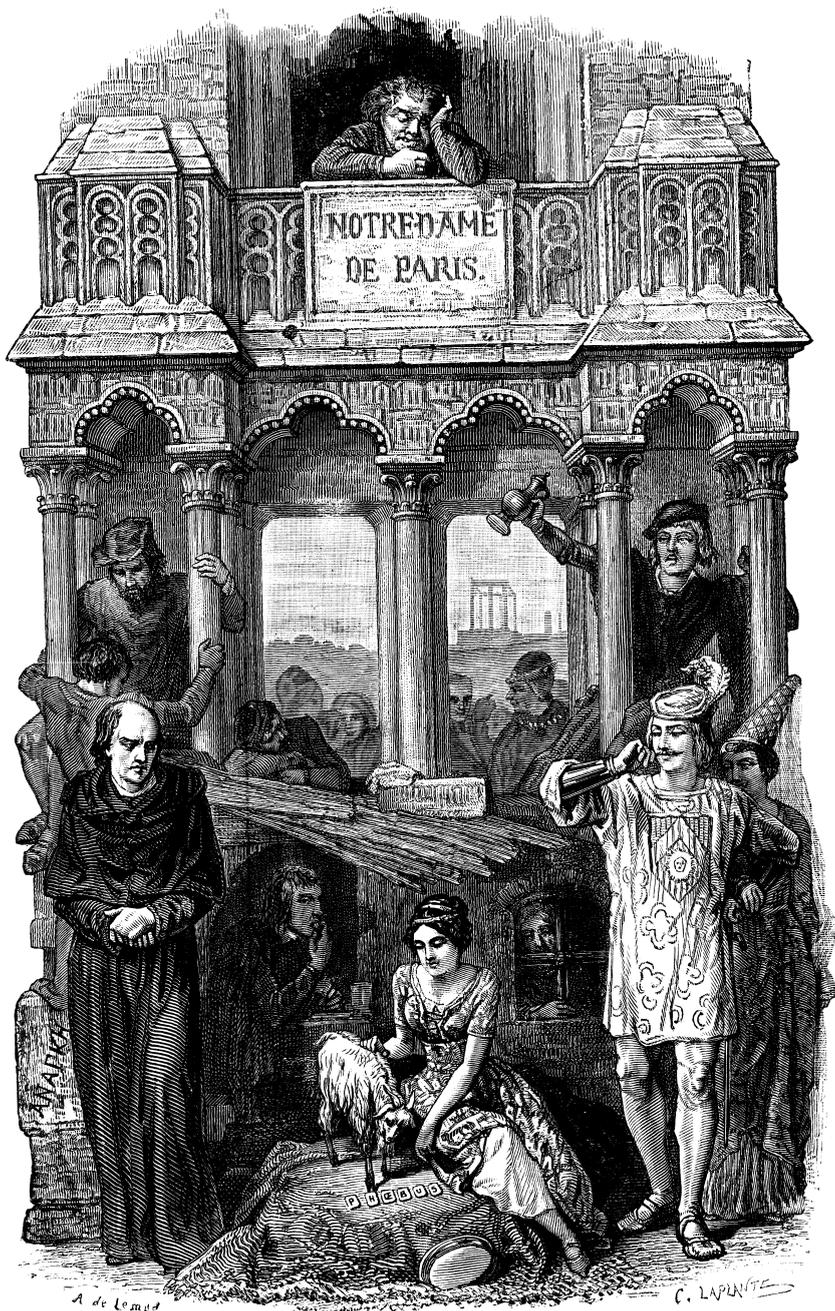
dentro y desde fuera. El clero los blanquea, los arquitectos raen sus piedras y, finalmente, el populacho llega y los destruye.

Así pues, fuera del débil recuerdo que en estas páginas le consagra el autor, nada queda hoy de la misteriosa palabra grabada en la sombría torre de Nuestra Señora, nada de la vida ignorada que tan melancólicamente resumía. El hombre que escribió aquella palabra sobre aquella pared se ha desvanecido; la palabra, a su vez, ha sido borrada del muro de la iglesia y tal vez la propia iglesia no tarde en desaparecer de la faz de la tierra.

Basándose en dicha palabra ha sido escrito el presente libro.

Marzo de 1831

LIBRO PRIMERO



EL GRAN SALÓN

HACE HOY TRESCIENTOS cuarenta y ocho años, seis meses y diecinueve días que los vecinos de París fueron despertados por el ruido de todas las campanas de la ciudad repicando a todo repicar dentro del triple recinto de la Cité, la Universidad y la Villa.

Aquel 6 de enero de 1482 no es, sin embargo, un día del que la historia haya guardado un recuerdo especial. El acontecimiento que agitaba desde muy de mañana las campanas y a los burgueses de París no tenía nada de particular. No se trataba de un asalto de las gentes de Picardía o de Borgoña, ni de una reliquia llevada en procesión, ni de una revuelta de estudiantes en la viña de Laas¹, ni de la entrada de *nuestro muy temido y respetado señor el rey*, ni tan siquiera de una hermosa ceremonia en el patíbulo de París, colgando de la horca a un buen racimo de ladrones y ladronas. Tampoco se trataba de la llegada, tan frecuente en el siglo xv, de alguna embajada empenachada y

¹ En esa viña se produjo en julio de 1548 una revuelta estudiantil, debido a que los frailes de Saint-Germain-des-Prés habían usurpado aquellos terrenos, que correspondían al Pré-aux-Cleres.

emperifollada. Hacía apenas dos días que la última de esas cabalgatas, la de los embajadores flamencos encargados de concertar el matrimonio del delfín con Margarita de Flandes, había hecho su entrada en París, con gran disgusto de monseñor el cardenal de Borbón, que, para complacer al rey, había tenido que poner buena cara a toda aquella rústica multitud de burgomaestres flamencos, y obsequiarles, en su palacio de Borbón, con la representación de «una muy hermosa farsa de circunstancias», mientras una lluvia torrencial empapaba los magníficos tapices colocados a la entrada.

Lo que aquel 6 de enero «llenaba de emoción a todo el pueblo de París», como dice el cronista Jehan de Troyes, era la doble celebración que desde tiempo inmemorial coincidía en la misma fecha, del día de la Epifanía y de la Fiesta de los Locos.

En ese día debía encenderse una gran fogata en la plaza de Grave, se debía plantar el «mayo» en la capilla de Braque, y representarse un misterio en el Palacio de Justicia. El pregón se había efectuado la víspera a son de trompa en plazas y plazuelas por los criados de monseñor el preboste, ataviados con hermosas sobrevestes de camelote color violeta, con grandes cruces blancas sobre el pecho.

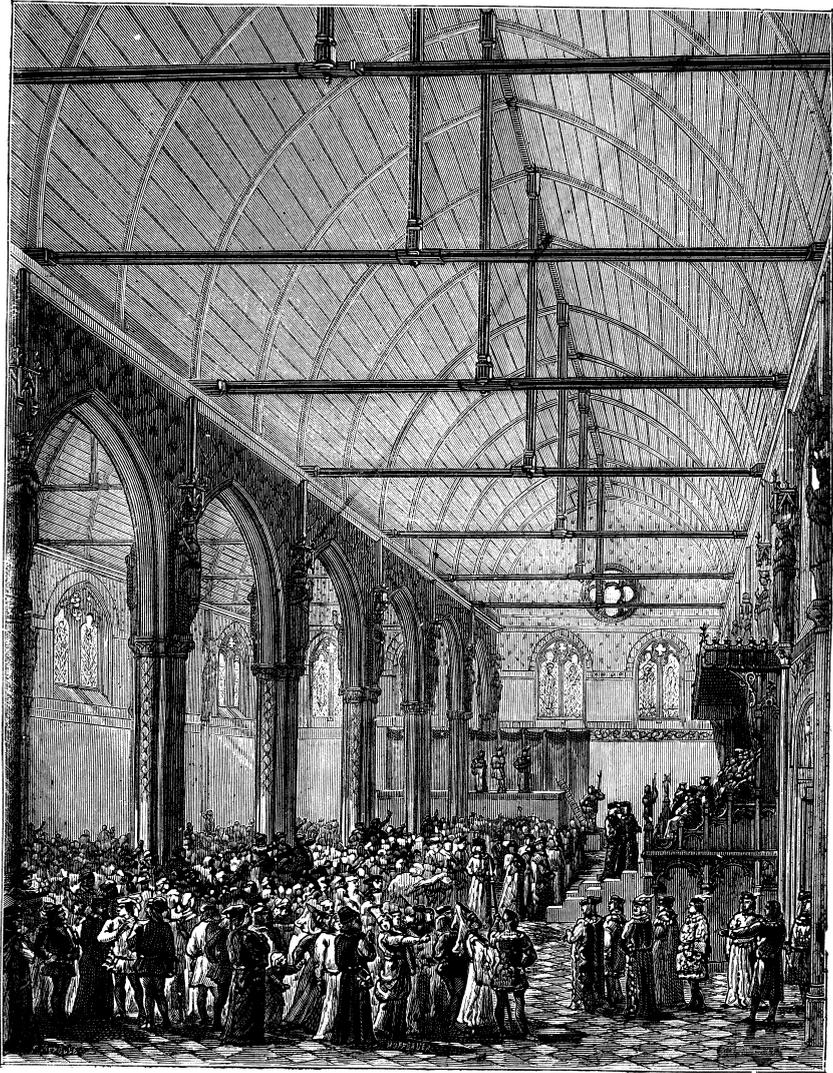
La muchedumbre de burgueses y burguesas, después de haber cerrado sus casas y sus tiendas, se encaminaba pues hacia alguno de los tres puntos mencionados. Cada cual había hecho su elección, quien decidiéndose por la fogata, quien por el «mayo» y quien por el misterio. Hay que confesar, en elogio del tradicional buen criterio de los curiosos de París, que la mayoría de aquella muchedumbre se dirigía a la fogata, cosa muy comprensible dada la época, o hacia el misterio, que debía ser representado en el gran salón del Palacio, cubierto y cerrado, y que todos estaban de acuerdo en dejar que el pobre «mayo», poco florido, tiritase solitario bajo el cielo de enero, en el cementerio de la capilla de Braque.

La gente afluía sobre todo a las avenidas del Palacio de Justicia porque se sabía que los embajadores flamencos, llegados la antevíspera, se proponían asistir a la representación del misterio y a la elección del papa de los locos, que debía efectuarse también en el gran salón.

Aquel día no era cosa fácil penetrar en el gran salón, que, sin embargo, se reputaba entonces como el mayor recinto cubierto del mundo. (Bien es verdad, Sauval aún no había efectuado la medición del gran salón del palacio de Montargis.) La plaza del Palacio, abarrotada de gente, ofrecía a los curiosos que se asomaban a las ventanas el aspecto de un mar en el que cinco o seis calles, como otros tantos ríos, vertían a cada momento nuevas oleadas de cabezas. Las olas de esta multitud, que aumentaban sin cesar, chocaban contra las esquinas de las casas que se internaban aquí y allá, como promontorios, en la cuenca irregular de la plaza. En el centro de la alta fachada gótica* del Palacio, la gran escalinata por la que subía y bajaba ininterrumpidamente una doble corriente que, después de partirse en el rellano intermedio, se extendía en amplias oleadas por las dos rampas laterales, la gran escalinata, repito, vertía incesantemente sobre la plaza, como una cascada sobre un lago. Los gritos, las risas, el enorme ruido producido por millares de pies, se fundían en un gran clamor. De vez en cuando aquel clamor y aquellos ruidos redoblaban, la corriente que arrastraba a la multitud hacia la escalinata retrocedía, bullía, se arremolinaba. Era el empujón de un arquero o el caballo de algún oficial del preboste que restablecía el orden a coces; admirable tradición que la prebostería ha legado a la condestabla, ésta a la guardia cívica, que a su vez la ha transmitido a nuestra gendarmería de París.

En las puertas, en las ventanas, en los tragaluces, sobre los tejados, hormigueaban miles de buenos burgueses, de rostros tranquilos y honrados, que contemplaban el palacio, que miraban a la multitud sin aspirar a nada más; pues hay muchas gentes en París que se conforman con el espectáculo de los espectadores y para ellas constituye una cosa muy interesante, la contemplación de un muro tras el cual algo está sucediendo.

* La palabra «gótico», en el sentido en que generalmente se emplea, es totalmente impropia, pero está perfectamente consagrada. La aceptamos,



La gente afluía sobre todo a las avenidas del Palacio de Justicia porque se sabía que los embajadores flamencos, llegados la antevíspera, se proponían asistir a la representación del misterio...

Si nos fuese dado a nosotros, hombres de 1830, mezclarnos con el pensamiento a aquellos parisienses del siglo xv y penetrar con ellos a fuerza de tirones, codazos y empujones en aquella inmensa sala del Palacio, tan estrecha aquel 6 de enero de 1482, el espectáculo no carecería ni de interés ni de atractivo, y sólo tendríamos a nuestro alrededor unas cosas tan viejas que nos parecerían nuevas.

Si el lector lo consiente, trataremos de restablecer con el pensamiento la impresión que hubiera experimentado con nosotros, al trasponer el umbral de aquella gran sala mezclados con la muchedumbre con sobreveste, jubón o cota.

En primer lugar, bordoneo en los oídos y deslumbramiento en los ojos. Sobre nuestras cabezas una doble bóveda en ojiva, revestida de artesones esculpidos en madera, pintados de azul, flordelisados de oro; bajo nuestros pies un pavimento de losas de mármol, blancas y negras; a pocos pasos de nosotros un enorme pilar, luego otro, y otro luego; en total siete columnas a lo largo de la sala, sosteniendo, a la mitad de su anchura, los arranques de la doble bóveda. En torno a los cuatro primeros pilares, tenderetes de comerciantes, relucientes de vidrios y oropeles; en torno a los tres últimos, bancos de roble, gastados y pulimentados por las calzas de los litigantes y las togas de los procuradores. Alrededor de la sala, a todo lo largo de la alta pared, entre las puertas, entre los ventanales, entre las columnas, la fila interminable de las estatuas de todos los reyes de Francia, desde Faramundo; los reyes holgazanes, con los brazos colgando y los ojos gachos; los reyes valerosos y batalladores, cabeza y manos osadamente alzadas hacia el cielo. Luego, en las altas ventanas ojivales, los vitrales de mil colores; en los amplios accesos de la sala, las ricas puertas finamente talladas; y todo ello, bóvedas, pilares, muros, chambranas,

pues, y la adoptamos, como todo el mundo, para caracterizar a la arquitectura de la segunda mitad de la Edad Media, aquella de la que la ojiva es el principio, y que viene a suceder a la arquitectura del primer período, caracterizado por el arco de medio punto [*N. del A.*].

artesonados, puertas, estatuas, recubierto de arriba abajo de una espléndida pintura azul y oro que, algo deslustrada en la época a que nos referimos, había desaparecido casi totalmente bajo el polvo y las telas de araña en el año de gracia de 1549, en que Du Breul la admiraba todavía por la fuerza de la tradición.

Imaginémonos ahora esta inmensa sala oblonga, iluminada por la mortecina claridad de un día de enero, invadida por una multitud abigarrada y ruidosa que avanza a lo largo de las paredes y gira en torno a los siete pilares, y se tendrá ya una idea confusa del conjunto del cuadro del que vamos a intentar señalar con más precisión los curiosos detalles.

Es indudable que si Ravailac no hubiese asesinado a Enrique IV, no se hubieran depositado las piezas del proceso en la secretaría del Palacio de Justicia y por lo tanto tampoco hubiera habido cómplices interesados en hacerlas desaparecer; en consecuencia no habrían existido incendiarios obligados, a falta de mejores medios, a quemar la secretaría para hacer desaparecer las piezas y por lo tanto no se hubiera producido el incendio de 1618. El viejo Palacio estaría todavía en pie con su viejo gran salón y yo podría decir a mis lectores: id a verlo y así uno y otros nos ahorraríamos, yo el hacerla y ellos leer una mediocre descripción. Lo que viene a demostrar una nueva verdad: que los grandes acontecimientos tienen incalculables consecuencias.

También es cierto que pudiera ser muy posible, en primer lugar, que Ravailac no tuviera cómplices, en segundo lugar que, de haberlos tenido, no tuviesen arte ni parte en el incendio de 1618. Existen otras dos explicaciones, muy plausibles. La primera, la gran estrella inflamada, ancha de un pie, alta de un codo, que cayó, como todo el mundo sabe, del cielo sobre el Palacio, el 7 de marzo después de medianoche. La segunda, la cuarteta de Théophile:

*Certes, ce fut un triste jeu
Quand à Paris dame Justice,*

*Pour avoir mangé trop d'épice,
Se mit tout le palais en feu*¹.

Se piense lo que se piense de esta triple explicación: política, física y poética, del incendio del Palacio de Justicia en 1618, el hecho, desgraciadamente cierto, es que se produjo. Poca cosa queda hoy día, gracias a esta catástrofe, gracias sobre todo a las diversas y sucesivas restauraciones que acabaron con lo que perdonó el fuego, bien poca cosa queda, repito, de esta primera morada de los reyes de Francia, de ese palacio, hermano mayor del Louvre, tan viejo ya en los tiempos de Felipe el Hermoso que se buscaban en él vestigios de los magníficos edificios construidos por el rey Robert y descritos por Helgald. Casi todo ha desaparecido. ¿Qué se ha hecho del salón de la cancillería en que San Luis *consumó su matrimonio*? ¿Qué del jardín donde administraba la justicia «revestido de una cota de camelote, con una sobreveste, por encima, de tiritaña sin mangas y, sobre los hombros, un manto de sándalo negro, recostado sobre unos tapices y con Joinville² a su lado»? ¿Dónde está la alcoba del emperador Segismundo? ¿Dónde la de Carlos IV? ¿Y la de Jean Sin Tierra? ¿Qué se hizo de la escalinata desde la que Carlos VI promulgó su edicto de gracia? ¿La losa sobre la que Marcelo degolló, en presencia del delfín, a Robert de Clermont y al mariscal de Champagne? ¿El portillo en que fueron rotas las bulas del antipapa Benedicto y por el que se marcharon los que las habían traído, castrados y encapirotados con sarcasmo y cantando la palinodia por todo París? ¿Y el gran salón, con sus dorados, su azul, sus ojivas, sus estatuas, sus pilares, su inmensa bóveda toda ella tallada y esculpida? ¿Y el salón dorado? ¿Y el león de piedra puesto a la entrada, con la cabeza baja, el rabo entre las pier-

¹ «Sin duda fue un triste juego / cuando en París señora Justicia, / por haber comido demasiadas especias, / puso fuego a todo su palacio.»

² Jean, *sire* de Joinville (1224-1317), cronista y consejero de San Luis. Sus *Memorias* relatan la vida de ese rey y la historia de las Cruzadas.

nas, como los leones del trono de Salomón, en esa actitud humilde que conviene a la fuerza cuando se halla ante la justicia? ¿Y las soberbias puertas? ¿Y los magníficos vitrales? ¿Y los herrajes cincelados que hacían palidecer de envidia a Biscornette? ¿Y los delicados trabajos de ebanistería de Du Hancy? ¿Qué ha hecho el tiempo, qué han hecho los hombres de esas maravillas? ¿Qué se nos ha dado a cambio de todo eso, de toda esa historia gala, de todo ese arte gótico? Las pesadas cimbras rebajadas del señor de Brosse¹, ese torpe arquitecto del pórtico de Saint Gervais. Esto en lo referente al arte. Por lo que respecta a la historia, tenemos los recuerdos parlanchines del gran pilar, en el que todavía resuenan los comadreo de los Patru².

No es mucho. Volvamos al auténtico gran salón del verdadero y viejo Palacio.

Los dos extremos de aquel gigantesco paralelogramo estaban ocupados, uno por la famosa mesa de mármol, tan larga, tan ancha y tan gruesa que jamás se vio —como dicen los viejos pergaminos en un estilo que hubiese abierto el apetito a Gargantúa— *semejante loncha de mármol en el mundo*; el otro por la capilla en la que Luis XI se había hecho esculpir arrodillado ante la Virgen y a la que había hecho llevar, sin que le importase dejar vacíos dos nichos en la fila de las estatuas reales, las de Carlomagno y San Luis, dos santos que él creía de mucha influencia en el cielo, en tanto que reyes de Francia. Dicha capilla, todavía nueva, construida hacía apenas seis años, era toda ella de ese gusto encantador, de arquitectura delicada, de escultura maravillosa, fina y profundamente cincelada, que marca en Francia el final de la era gótica y dura hasta mediados del siglo XVI, en las fantasías desbordantes del Renacimiento. El pequeño rosetón calado abierto sobre el pórtico era en particular un prodigio de tenuidad y gracia. Habríase dicho una estrella de encaje.

¹ Salomón de Brosse, arquitecto que en 1622 reconstruyó el gran salón incendiado en 1618.

² Olivier Patru (1604-1681), famoso abogado y profesor de Boileau.

En el centro del salón y haciendo frente a la gran puerta, se alzaba un estrado de brocado de oro, adosado a la pared y al que se accedía por una entrada particular utilizando una ventana del pasillo de la cámara dorada, destinado a los enviados flamencos y demás personajes importantes invitados a presenciar la representación del misterio.

Siguiendo la costumbre, el misterio sería representado sobre la mesa de mármol, a cuyo objeto había sido preparada ya por la mañana; la rica plancha de mármol, toda rayada por los tacones de los golillas, sostenía una especie de cajón de madera, bastante alto, cuya superficie superior, accesible a las miradas de todo el salón, serviría de escenario y cuyo interior, disimulado por unos tapices, haría las veces de vestuario para los personajes de la obra. Una escalera, colocada sin disimulo en el exterior, comunicaría la escena con el vestuario y por sus peldaños se efectuarían las entradas y salidas. No había personaje alguno, ni peripecia, ni sorpresa que no se vieran precisados a subir por dicha escalera. ¡Inocente y venerable infancia del arte y de las tramoyas!

Cuatro agentes del bailío de Palacio, guardianes obligados de todos los placeres del pueblo, tanto en los días de fiesta como en los días de ejecución, permanecían a pie firme en las cuatro esquinas de la mesa de mármol.

La representación debía empezar al sonar la última campanada del mediodía en el gran reloj del Palacio. Muy tarde era, sin duda, para una representación teatral, pero había habido que acomodarse a la hora de los embajadores.

Ahora bien, toda aquella multitud esperaba desde muy de mañana. Muchos de los curiosos tiritaban desde el amanecer ante la gran escalinata del Palacio; algunos incluso afirmaban que habían pasado la noche atravesados ante la gran puerta, para estar seguros de ser los primeros en entrar. La multitud se hacía más densa a cada momento y, como un agua que rebasa su nivel, empezaba a trepar por los muros, a inflarse en torno a los pilares, a desbordarse por las cornisas,

por las balaustradas de las ventanas, por todos los salientes de la estructura, por todos los relieves de las tallas. Y las molestias, la impaciencia, el aburrimiento, la libertad de un día de impudicia y locura, las disputas que estallaban en todo momento por un codo demasiado puntiagudo o un zapato con demasiados clavos, el cansancio de una larga espera, daban ya, mucho antes de la hora en que los embajadores debían llegar, un acento agrio y amargo al clamor de aquel pueblo encerrado, oprimido, pisoteado, sofocado. Sólo se oían quejas e imprecaciones contra los flamencos, el preboste de los comerciantes, el cardenal de Borbón, el bailío del Palacio, madame Margarita de Austria, los alguaciles de vara, el frío, el calor, el mal tiempo, el obispo de París, el papa de los locos, las pilastras, las estatuas, aquella puerta cerrada, esta ventana abierta; todo ello para regocijo de las bandas de estudiantes y de lacayos diseminadas entre la multitud, que mezclaban a todo aquel descontento sus bromas y sus malicias, excitando, como aguijones, el mal humor general.

Había entre otros, un grupo de aquellos alegres demonios que, después de haberse cargado el vitral de una ventana, se habían sentado en el alféizar y desde allí lanzaban sus miradas y sus burlas al interior y al exterior, sobre la multitud del salón y sobre el gentío de la plaza. Viendo sus gestos burlones, sus carcajadas, las llamadas en tono de guasa que intercambiaban con sus camaradas situados al otro extremo de la sala, era fácil de comprender que aquellos estudiantes no compartían el aburrimiento y el cansancio del resto de la asistencia y que sabían sacar, para su particular diversión, de lo que tenían ante los ojos, un espectáculo que les permitía esperar pacientemente el otro.

—¡Por vida mía que sois vos, *Joannes Frollo de Molendino!* —gritaba uno de ellos a una especie de diablillo rubio, de lindo y malicioso rostro, agarrado a los acantos de un capitel—. Con razón os llaman Jean du Moulin*, ya que vuestros dos brazos y vuestras dos piernas parecen cuatro aspas que giran al viento. ¿Cuánto tiempo lleváis aquí?

* Jean «del Molino» [*N. del E.*].

—¡Válgame Satanás! —respondió Joannes Frollo—, llevo más de cuatro horas, y espero que se me descuenten de mi tiempo de purgatorio. He oído a los cuatro sochantres del rey de Sicilia¹ entonar el primer versículo de la misa mayor de las siete en la Sainte-Chapelle.

—¡Magníficos sochantres —replicó el otro—, y con una voz aún más puntiaguda que sus bonetes! Antes de fundar una misa para el señor San Jean, el rey hubiera debido informarse si al señor San Jean le gustan los latines salmodiados con acento provenzal.

—¡Lo ha hecho para dar trabajo a esos malditos sochantres del rey de Sicilia! —gritó con acritud una vieja entre el gentío situado al pie de la ventana—. ¡Qué os parece! ¡Mil libras parisienses por una misa! ¡Y encima con cargo a la contrata del pescado de mar en el mercado de París!

—¡Calma!, buena mujer —replicó un grave personaje que se tapaba las narices junto a la vieja pescadera—. Era preciso fundar una misa. ¿O preferiríais que volviese a enfermar?

—¡Bien dicho, micer Gilles Lecornu, maestro peletero y forrador de las vestiduras del rey! —gritó el pequeño estudiante desde su capitel.

Una gran carcajada de todos los estudiantes saludó el desafortunado nombre del pobre peletero real.

—¡El cornudo, Gilles Lecornu! —decían unos.

—*Cornutus et hirsutus* —replicó otro.

—¡Claro! ¡No hay duda! —prosiguió el diablillo del capitel—. ¿De qué se ríen? Es el honorable Gilles Lecornu, hermano de micer Jean Lecornu, preboste del palacio del rey, hijo de micer Mahiet Lecornu, portero mayor del bosque de Vincennes, todos ellos burgueses de París, ¡todos casados de padres a hijos!

La algazara redobló. El obeso peletero, sin decir ni pío, trataba de ocultarse a las miradas clavadas en él desde todas partes; pero en vano

¹ Renato de Anjou, rey de Sicilia, llamado «el Buen Rey Renato», había muerto el 10 de julio de 1480.